

en ejecucion como á mi padre se lo oyeron, y esto es lo que sé, y no otra cosa.

Maxtlaton le respondió lleno de ira:

—Bien podria imponerte silencio y darte muerte aquí mismo, y así quedaria castigada tu temeridad y vengado mi honor; pero no quiero que se diga que un príncipe tepaneca mata á traicion á su enemigo. Anda por ahora en paz, que el tiempo me ofrecerá la ocasion de tomar de tí venganza mas decorosa.

Huitzilihuitl se fué furioso y despechado.

Maxtlaton, que sentia un ódio terrible contra Huitzilihuitl, ódio cuya verdadera causa era el temor que tenia, de que con el tiempo, Acolnahuacatl fuese el heredero de su abuelo Tezozomoc, resolvió librarse de su sobrino, y lo consiguió valiéndose de infames asesinos.

No hay historiador ni cronista, que refiera pormenores de la trágica muerte de Acolnahuacatl, pero el hecho es indudable; y todos están contestes en que si Maxtlaton no consintió en el atentado, tampoco lo reprobó.

Huitzilihuitl, rey hábil, pero rey de un pueblo pobre y débil, que no tenia las tropas necesarias para vengarse, tuvo que sufrir en silencio el terrible golpe que le dió Maxtlaton.

IV.

Mientras tanto, los mexicanos seguian progresando.

Habian extendido su agricultura, aumentado su pesca y multiplicado los huertos flotantes en el lago.

En este estado de adelantamiento los encontró el año 1493 de la era vulgar, que correspondió al ome Acatl de su calendario, sexto secular desde la salida de los mexica del país de Aztlan.

Celebraron, pues, esta fiesta secular con mayor aparato que las anteriores.

Era esa fiesta la mas grandiosa de las que tenian aquellos pueblos, despues de cada cincuenta y dos años.

La última noche de su siglo, quebraban toda su vajilla, y apagaban el fuego en los templos y en sus casas.

El espíritu supersticioso que los dominaba, les hacia temer el fin del mundo al acabarse cada siglo.

El pueblo, aterrorizado, vacilaba entre el temor de que concluyera el mundo y la esperanza de un nuevo siglo, si los sacerdotes llegaban á encender el fuego en el monte de Huixachtla, cerca de Ixtapalapan. *

A ese monte se dirigian los sacerdotes vestidos como sus

* Conocido hoy por el cerro de la Estrella ó de Ixtapalapan.

dioses, saliendo de los templos y de la ciudad, observando la altura de las estrellas, de suerte que pudiesen llegar á aquel sitio poco antes de la media noche.

Una inmensa multitud acompañaba á los sacerdotes, en tanto que el resto de la población ocupaba las alturas de la capital, para ver desde ellas el renacimiento del fuego.

Antes de la ceremonia, los maridos, temerosos de que sus mujeres se convirtieran en fieras, les cubrían los rostros con pencas de maguey, y las encerraban en los graneros; y los padres cubrían las caras de los niños, y no los dejaban dormir para que no se convirtieran en ratones.

El sacerdote de Copulco, uno de los barrios de la ciudad, era el encargado de sacar el fuego, restregando dos pedazos de leña, uno contra otro, sobre el pecho de un prisionero de alta alcurnia, á quien despues sacrificaban.

Una vez encendido el fuego, la multitud prorumpia en alaridos de gozo; y el prisionero sacrificado, era quemado en la hoguera que en el acto se encendia.

Los circunstantes corrían á tomar de aquel fuego para conducirlo á sus casas, y los sacerdotes llevaban de él al templo mayor para proveer á los habitantes de la capital.

En seguida, los mexicanos blanqueaban y componian sus casas y los edificios públicos, compraban nueva vajilla, y el primer dia del siglo, que era el que seguía á los trece intercalados entre uno y otro, para ajustar el año á la carrera del sol, ninguno tomaba agua sino hasta despues de medio dia.

Entonces comenzaban los sacrificios humanos, que en esa vez eran numerosos.

Por todas partes reinaba el júbilo, y entregábanse los mexica á una de sus diversiones favoritas, que era el juego de los voladores, de los que habia cuatro, y cada uno daba trece vueltas, para significar los cuatro períodos de trece años de que se componía el siglo.

A todo eso, hay que añadir las iluminaciones, que eran espléndidas, los bailes, las galas, otros juegos públicos y los banquetes.

V.

En el año VIII calli, 1409 de nuestra era, murió Techotlala, rey de Acolhuacan, á quien sucedió su hijo Ixtlilxochitl.

Antes de morir, Techotlala aconsejó á su hijo que se atrajese el afecto de sus feudatarios, porque no seria difícil que Tezozomoc quisiera conspirar contra el imperio.

Techotlala no se engañó. El rey de Atzacapotzalco asistió á la exaltacion de Ixtlilxochitl; pero, sin prestarle homenaje, se retiró á sus Estados. Allí convocó á los reyes de México y de Tlaltilulco, y les dijo que habiendo muerto el tirano Techotlala, él quería, y era tiempo, de libertar á sus feudatarios, á fin de que cada uno pudiese gobernar á sus pueblos, con independencia del rey de Acolhuacan.

Los reyes de México y de Tlaltilulco, bien sea por aumentar la gloria de sus armas, bien por miedo á Tezozomoc, aceptaron la alianza que se les ofrecia; y unidos á otros caudillos que se habia conquistado Tezozomoc, abrieron la campaña, que duró tres años.

La suerte no fué favorable á Tezozomoc ni á sus aliados, quienes tuvieron que pedir la paz, resuelto aquel monarca á consumir por traicion lo que habia comenzado con las armas.

Tanto de esta guerra, como de la que hicieron los mexicanos al lado de Techoflala, hablan los historiadores; pero sin pormenorizar las hazañas que consumaron los súbditos de Huitzilihuitl, y hasta sin decirnos si este rey, ó su hermano, ó algun otro general, fué quien mandó á las tropas mexicanas.

Durante su reinado, que duró veinte años, desde el IX calli al III calli, de 1397 á 1417 de nuestra era, Huitzilihuitl expidió algunas leyes muy útiles á la nacion, y murió sin alterar la que daba á la nobleza el derecho de elegir al sucesor.

VI.

Monarca de un pueblo débil, hombre que conocia la impotencia en que se hallaba para afrontar á los reinos poderosos que le rodeaban, y que insultado por Maxtlaton, agraviado por él con el asesinato de su hijo, devoró en silencio la injuria y el agravio, porque comprendió que si hubiera querido vengarse, habria perdido para siempre la nacionalidad que, con tanto trabajo como sufrimiento, habian fundado sus antepasados;

Político nada vulgar, que concibió y ejecutó la idea de ensanchar las relaciones de su pueblo, haciéndole contraer alianzas matrimoniales, y contrayéndolas él mismo con otros pueblos, confundiendo de este modo diversos intereses, para que mas tarde sirvieran de apoyo al engrandecimiento de su patria;

Tenaz fomentador del comercio, haciendo que la pesca, la caza, la agricultura crecieran, aumentando hasta un número increíble los huertos flotantes del lago; favoreciendo el cambio de mercancías con los demas pueblos, multiplicando sus comunicaciones por medio de miles de canoas; impulsando el cultivo de las flores, que, como el uso del algodón para vestirse, introdujo entre ellos la reina Miahuaxochitl;

Continuador de la política de mansedumbre de su antecesor; sin ensoberbecerse por las caricias que le hacia la fortuna; obrando conforme á aquella política; revelando que el rey que esto hacia, era un ánimo esforzado y un corazon esforzado; comprendiendo que le tocaba proseguir el trabajo de Acamapichtli; no engrandecerse, sino preparar á su pueblo para el advenimiento de su preponderancia; sin ambicionar otro papel mas elevado que el que le señaló su época, cumplió su mision con la paciencia de las grandes almas.

Tal fué Huitzilihuitl, segun se puede comprender por los pocos datos históricos que nos han quedado; y hé ahí por qué hemos creido que debe inscribirse entre los hombres ilustres que han servido á nuestro país.

PANTALEON TOVAR.